

20240728. Décimo Séptimo Domingo del Tiempo Ordinario. Éste es mi cuerpo...

Quizá para algunos de los que no estaban familiarizados con la primera lectura del “Segundo libro de Reyes”, se hayan sorprendido al saber que Jesús no fue el único que multiplicó los alimentos. Este pasaje bíblico nos ayuda a ver la obra intencional y profunda de Dios a lo largo de los siglos de la historia de la salvación. En esta historia bíblica podemos ver la capacidad de Eliseo para permitir que el poder de Dios fluyera a través de él.

La carta de San Pablo a los Efesios promueve el mandato de Dios para que podamos vivir con unidad y paciencia, soportándonos unos a los otros a través del Espíritu Santo que nos fortalece. Al estar unidos a la muerte y resurrección de Cristo en el bautismo, vivimos en relación con él como sus discípulos. Esa relación nos conduce al Padre que “reina sobre nosotros, actúa a través de nosotros, y vive en nosotros”.

Por lo tanto, como discípulos debemos vivir con humildad, mansedumbre y paciencia. Este puede ser el mandato más difícil: soportarnos los unos a los otros por amor. Es decir, amor al prójimo. San Pablo cree que esto es posible porque, por el poder del Espíritu Santo, somos uno en Cristo.

Hoy escuchamos el inicio del capítulo seis del Evangelio de San Juan. Estamos en el ciclo B, normalmente escuchamos que corresponde al evangelio de San Marcos, sin embargo, a partir de este domingo, y por las próximas 4 semanas, estaremos revisando el capítulo seis del Evangelio de Juan, el cual se centra en la Eucaristía.

Los invito a poner singular atención, no solo porque el Evangelio de Juan es, para mí y para muchos, el más bello y profundo, pero el tema de la Eucaristía es y ha sido el centro de preocupación de la iglesia católica de los Estados Unidos y del mundo en los últimos años...

Hoy escuchamos el pasaje que algunos conocemos como el de la “multiplicación de los panes”. Este pasaje está lleno de imágenes y simbolismos; un enorme grupo de personas están unidos, se acerca el tiempo de la Pascua, Jesús identifica el hambre de la gente. Y al igual que Eliseo, Jesús les proporciona lo que necesitan.

Al igual que con el pan que cayó de los cielos en el desierto, y con la comida de Eliseo, la gente tuvo suficiente para comer y sobró. Lo que Jesús nos ofrece como alimento, es la vida eterna. El capítulo seis del evangelio de san Juan se titula “el Discurso Eucarístico”; Jesús se declara a sí mismo “el Pan de Vida”. Cuando recibimos la Eucaristía, cada uno de nosotros recibimos a Cristo mismo. Él es nuestro maná del Cielo, nuestro pan de Vida Eterna.

Como muchos de ustedes saben, la semana pasada, Indianápolis fue la sede del décimo Congreso Eucarístico. Para darnos una idea de la dimensión de este evento, el noveno congreso Eucarístico fue celebrado hace 87 años. Según encuestas, solamente 3 de cada diez católicos, creen en la presencia real de Jesús en la Eucaristía. Después de mucho discernimiento, la iglesia ha determinado que había que hacer algo para revivir la llama de la Eucaristía en los católicos del mundo, y fue así como este congreso se llevó a cabo.

Con otros feligreses de Santa Trinidad, tuve la fortuna de asistir a los cinco días del congreso. Pudimos participar en muchas actividades que han tocado nuestros corazones. ¿Por pura curiosidad, alguien más tuvo la oportunidad de atender algún día o más del congreso? Good! Para los que no, les recomiendo altamente buscar los videos en el canal de EWTN en YouTube. No se van a arrepentir.

No tenemos mucho tiempo ahora, pero me gustaría compartir con ustedes tres puntos aprendidos durante el congreso...

1.-Necesitamos creer en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. Si nosotros no creemos, entonces no podemos ser parte de esto. Por experiencia propia, yo he escuchado a muchos decir “yo no vengo a la Eucaristía porque necesito creer más, antes de venir”, o “Yo no tomo la Eucaristía porque no soy perfecto”. ¿Quién es digno? Recuerden... “Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya, bastará para sanar mi alma”. Lo que escuchamos en el congreso fue: “no te esperes a cambiar o ser perfecto para venir a Jesús, ven a Jesús y deja que Él sea el que te cambie”.

En el versículo 66 del capítulo seis del Evangelio de Juan leemos que los que no creen en Jesús en la Eucaristía, regresan a sus antiguas forma de vida. En otras palabras, si no creemos en la Eucaristía, y no venimos por ella, no podemos esperar que nuestras vidas cambien para bien, si no creemos, seguiremos viviendo la vida que vivíamos antes.

2.-En Cristo, formamos un cuerpo. Debemos traer algo a la mesa del Señor. La carta de San Pablo a los Efesios promueve el mandato de Dios para que podamos vivir con unidad y paciencia, soportándonos unos a los otros a través del Espíritu Santo que nos fortalece. Para ser discípulos, debemos permanecer en unidad. ¿Qué podemos traer? Podemos traer nuestras alegrías, nuestros dones, nuestras tristezas, nuestros problemas. Lo mucho o poco que tengamos, lo ofrecemos al Señor.

¿Recuerdan el joven que trajo cinco piezas de pan y dos peces? Todos estamos invitados a la mesa del señor, y juntos, con la fortaleza del Espíritu, nos soportamos los unos a los otros. Lo que traigamos, Jesús lo tomará y los multiplicará. Como un solo cuerpo, todos quedaremos satisfechos por el poder del Espíritu Santo en la mesa del Señor.

3.-La Eucaristía es un regalo para nosotros, para que lo llevemos a los demás. Si nos quedamos con nuestras bendiciones, entonces somos egoístas. La alegría del evangelio se disfruta aún más, cuando se comparte con los demás. La gracia de Dios es para nosotros, para que la pasemos más adelante, y se multiplique como los panes del pasaje del evangelio de San Juan. Esa es la Misión de la iglesia, eso es lo que hizo Eliseo, lo que hizo Jesús, y ese es el regalo para nosotros; llevar las bendiciones de Dios a otros.

Entonces, para concluir, tres puntos:

1.-Necesitamos creer en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. Si nosotros no creemos, entonces no podemos ser parte de esto. Pidámosle a Dios por la fe.

2.-En Cristo, formamos un cuerpo. Debemos vivir con unidad y paciencia a través del Espíritu Santo que nos fortalece. Pidámosle a Dios por la esperanza.

3.-La Eucaristía es un regalo de Dios para nosotros, para que lo compartamos con los demás. Pidámosle a Dios por la caridad.

En cada plegaria Eucarística escuchamos al padre, in persona Cristi, diciendo: “Este es mi cuerpo, que será entregado por ustedes. Éste es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por ustedes y por muchos para el perdón de los pecados.”

Jesús en la Eucaristía es un regalo para nosotros y para muchos, el evangelio de hoy nos invita a traer nuestros cinco panes para así, formar el cuerpo de Cristo, y juntos con el poder del espíritu santo, podamos hacer que las bendiciones de Dios fluyan a través de nosotros. Podemos empezar en casa y en nuestra comunidad.

2 Kgs 4:42-44

Ps 145:10-11, 15-16, 17-18

Eph 4:1-6

Jn 6:1-15